

EMILIO PEREZ PIÑERO O LAS FORMAS QUE VUELAN

P O R

FRANCISCO ALEMAN SAINZ

Habría que insistir en la presencia murciana de hombres como Emilio Pérez Piñero, a ver si de alguna manera la ausencia dramática del arquitecto murciano hiciese notar un clima de carencia, capaz de plantear la situación de necesidad respecto de una continuidad en la vigencia de valores de la investigación como los que quedaron en el aire de una carretera española.

Ramón Gómez de la Serna, que tantas cosas atisbó por las rendijas de la literatura, escribió en 1926:

Debemos irnos acostumbrando al diorama de la ciudad nueva. Así seremos de algún modo habitantes del porvenir. Vivir ahora, ver ahora lo que no ha de venir sino más tarde, es una manera de sobrevivirnos.

El arranque de la arquitectura como tal está siempre en el techo, en la facultad humana de guarecerse, y su aventura se manifiesta en el hecho de poner sobre las cabezas la protección artificial de la cubierta. Lo grave del proyecto está en unos supuestos de urgencia que no le permitan rezagarse, y que el prototipo lo sea. Pero Emilio Pérez Piñero buscó una esquina de la arquitectura más bien tecnológica, dentro de aquella afirmación de Pascual Jordan:

El mundo técnico muestra una amalgama peculiar de fantasía y precisión.



Uno es ajeno a toda técnica que no sea la divagación, esa singular cacería sobre un horizonte de intuiciones más o menos inesperadas. Voy a tratar de una oscuridad luminosa, de algo que no es la simple peripecia que uno puede relacionar con el mundo. Se trata, al fin, de narrar apresuradamente un destino de claridad vital en el trabajo de un investigador murciano.

Un día de julio del año 1972 moría en accidente de tráfico, en la carretera de Torreblanca a Castellón, cuando regresaba de Francia, de recoger el Premio Augusto Perret, en dirección a su pueblo natal de Calasparra para reunirse allí con su familia. Piñero había conseguido hacer del acto de volver una emocionante empresa vital, y sobre todo de volver cargado de renombre a las viejas calles de su pequeña ciudad murciana.

En su escrito silueta de 1926, Ramón Gómez de la Serna se refería al joven arquitecto de la ciudad nueva, en cuyo proyecto no se ven los pigmeos de los peatones, sino sólo automóviles en perpetuo circuito. Lo que Ramón percibía en el distanciamiento, a vista de proyecto, Emilio Pérez Piñero lo acercaba así hasta la mirada:

Una persona ocupa medio metro cuadrado, y un automóvil diez metros cuadrados, más el terreno necesario para maniobrar que viene a ser el doble.

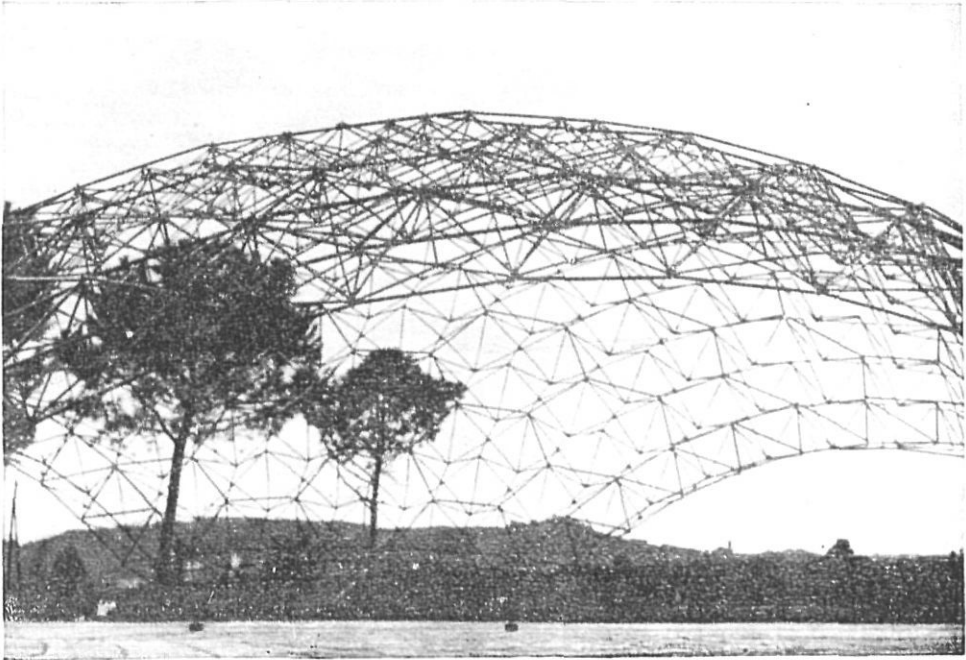
Pérez Piñero situaba el automóvil en la velocidad, donde el aparcamiento no existía. Conductor de la prisa en su Ferrari, coche de competición, pudo adelantarse casi deportivo a la muerte. Jean Giono escribía que:

Uno se muere cuando llega a donde la vida no puede seguirlo.

Un día Emilio Pérez Piñero gana un premio en Londres. Todavía es estudiante, y como tal estudiante se le concede en 1961. Se trata de su teatro ambulante, realizado con una estructura desplegable, que queda muy lejos del tinglado de la antigua farsa, sucio y polvoriento. Esta presencia de un conjunto conexo nos trasmite algo de lo posible, del futuro, cuando la estructura se extiende en toda su amplitud. Sin necesidad de cambios, sin siquiera ser bajada del vehículo que la transporta, la techumbre se despliega con un insólito ademán hasta cubrir el espacio preciso. Con esta obra, diríamos casi nómada, el autor muestra la realización de una capacidad de traslado en algo que elimina todo tiempo de montaje. La estructura envasada es algo que queda puesto en acción.

¿Qué mueve a Emilio Pérez Piñero a estas realizaciones? Pienso que se trata de la urgencia, la prisa por dotar a la bóveda de su propia exigen-





CUPULA RETICULAR DESPLEGABLE PARA GRANDES LUCES. CASO MUY IMPORTANTE ES CUANDO LA CUPULA ES DESPLEGABLE-POLIEDRICA. CONSISTE EN HACER CADA CARA DE UN POLIEDRO ESFERICO CON UNA O VARIAS ESTRUCTURAS DESPLEGABLES. ASI SE LOGRA UNA ESFERA COMPLETA DESPLEGABLE DE GRANDES DIMENSIONES.

E. PEREZ PIÑERO: «*Estructuras reticulares tridimensionales*».



cia de rapidez. Esta razón de su vida ¿no pudo estar también en la razón de su muerte cortando el futuro y todas las posibilidades de su trabajo personal? Acaba de surgir la valoración del instante tan grata al filósofo Luis Abad Carretero, junto con Ortega y Bachelard. Luis Abad escribía:

Vivimos de instantes porque nuestra atención nos lo impone, porque los objetos que hemos de atender son múltiples y muy diversos, porque el devenir temporal nos obliga a ir pasando de una decisión a otra.

Abad continúa hasta la decisión, donde se percata de cómo el tiempo se liberó del espacio, y al hacerlo se humanizó entrando en los planos de la voluntad.

Con este teatro ambulante, al que acabo de referirme, Pérez Piñero recibe el premio de Londres, pero coordinador de espacios también es premiado en Brasil. (En la navidad de 1974, como en una epifanía de la técnica, el Ayuntamiento y el Colegio de Arquitectos montan una exposición en la plaza de Santa Isabel de Murcia, tangente a la Gran Vía, por allí donde sobrevuela la fama murciana de Juan González Moreno. En esta exposición figuran maquetas y fotografías de la obra de Emilio Pérez Piñero).

Realmente la vida del arquitecto queda escasa de tiempo para la realización de la obra, pero eso sí, mantiene su investigación:

Mis proyectos van hacia cúpulas de gran diámetro, prefabricadas por completo, plegables y transportables en un solo trozo.

Es como una fuerza de la naturaleza en crecimiento, como la semilla que en unos instantes se transforma en bosque, y todo cruzando el tiempo húmedo de lacustres arrozales en una tarde casi crepuscular de Calasparra.

Iba tras las grandes luces con la lucidez de quien a diario proyecta la mayor bóveda posible. Su juventud le ayudaba a sumar un mayor tiempo para el trabajo en su ciudad natal, sin olvidar el cántico interior de la tierra, escuchándolo como insistía Eduardo Mallea. Era el gran creador de cúpulas, a la búsqueda del cubrimiento de la media esfera.

No trabajaba sobre la vivienda familiar, sobre los pisos y apartamentos de la convivencia, el edificio plantado claramente con sus ventanales y sus escaleras, con un lugar para cada cosa. Su empeño estaba en otra parte, allí donde el grupo humano se valoraba como sociedad, la fiesta, el espectáculo, la multitud que puede llegar a contarse.



Emilio Pérez Piñero, a través de las estructuras plegables, se propuso descargar a la cúpula de una tensión de siglos, trocando la apariencia de solidez por la trama del equilibrio, dotándola de interinidad y de traslado en el tiempo y en el espacio. El espacio cubierto se pliega como una singular demostración de urgencia, y los cerramientos se abren bajo la temperie. Ya casi resulta posible hablar del gran armario de las estructuras plegadas, del vuelo de cubiertas con las alas abiertas o recogidas como las aves.

Pensando en el escaso número de años que tardó Pérez Piñero en conseguir aclararse con el destino y la vocación, cabe suponer lo que una vida más larga —aunque quizá no más intensa— pudiera haber bienogrado desde la cobertura: ir aislando del espacio exterior zonas muy diversas, con aquella su preocupación de acelerar tiempos, disminuyendo la duración de los instantes necesarios para desplegar y plegar una estructura. La facultad de estructurar el espacio cubierto es algo que en Pérez Piñero parece haber tenido su final hasta un posible relevo. (Antonio de Hoyos parece dispuesto, después de haber escrito la biografía cordial y exigente del doctor Rodríguez Pérez, a situar biográficamente al arquitecto Pérez Piñero, y estoy seguro de que puede ser una valiosa decisión la de que sea él quien destaque esa dualidad que supone la vida cotidiana de un lado y la vida de investigación, de laboratorio, de otra parte. Lo que no cabe duda es que Hoyos puede ser quien mejor incorpore a la traza de la biografía la personalidad del arquitecto Piñero).

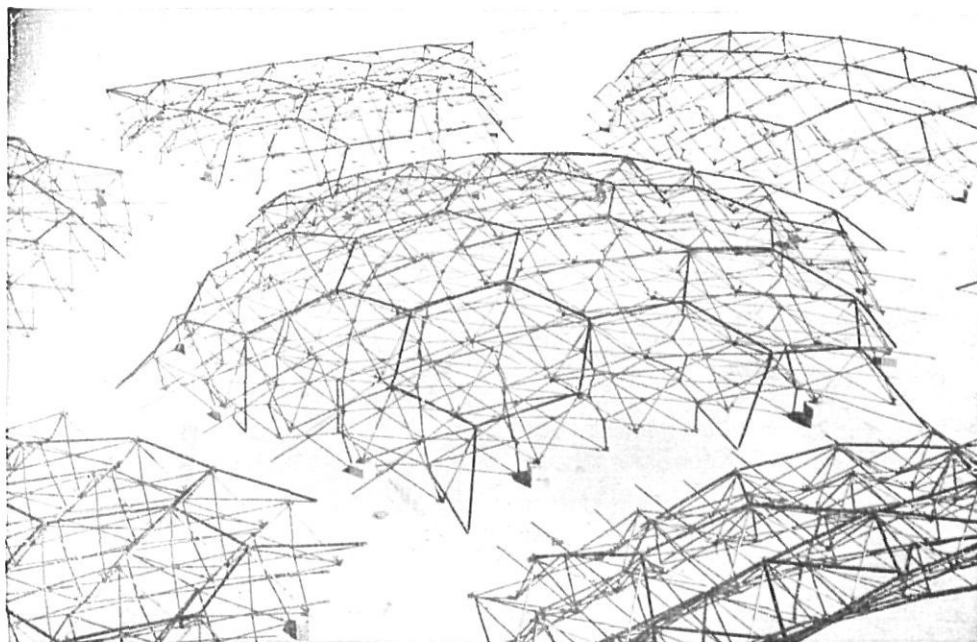
Plena urgencia la de la vida de este hombre, como si sospechase la hora de dar por terminada su faena vital. Hay vidas largas, sosegadas, que hallan en cada instante su escrupulosa demora para situar en mañana el quehacer diario; hay vidas apretadas, donde cada paso adquiere una viva tensión de continuidad perentoria. Pérez Piñero fue de estas segundas vidas cercenadas prontamente. Y sin embargo es alguien que debe estar en el conocimiento de los murcianos como portador de un ambicioso trabajo conseguido en gran parte.

Uno piensa en este regreso incompleto y sangriento, la vuelta al hogar, a lo cotidiano y familiar, portador del premio Augusto Perret, concedido por la Unión Internacional de Arquitectos, camino de su Calasparra natal. ¡Pesos más bajos! ¡Aproximarse a la ingravidez! Las formas que vuelan, frente a las formas que pesan —como en el texto del glosador famoso y casi olvidado—, y de pronto la misma carretera de Alberto Camus, la carretera de Emilio Pérez Piñero, la muerte saliendo al paso, absurda y decidida.



Volvía con el premio más importante del mundo para un arquitecto. Y con treinta y seis años y todo un tiempo por delante, millares de instantes. Proyectos, trabajos, investigaciones, experimentos, laboratorios. Y el accidente. Con Emilio Pérez Piñero desaparece un murciano que hizo suyo un ámbito donde la conjetura quedaba apresada en el laboratorio, en el experimento. La cúpula cerraba su línea curva extendiéndose, como una nube misteriosa, sobre la cabeza de un murciano insólito.





LA CUPULA, QUE TIENE PLANTA HEXAGONAL, SE APOYA EN SEIS PUNTOS, QUEDANDO TRES GRANDES ARCOS DE ACCESO. EN LA CUPULA, UNA VEZ DESPLEGADA, APARECE UNA CAPA DE RETICULA HEXAGONAL Y OTRA TRIANGULAR ALABEADA. TODAS LAS BARRAS VAN CONTENIDAS EN EL PAQUETE INICIAL.

E. PEREZ PIÑERO: «*Estructuras reticulares tridimensionales*».

